

TRES CUENTOS

Leonardo Garet

La casa de ayer

Después de haber podido vencer una resistencia que salía de cada paso que me acercaba a ella, estuve al cabo de veinte años, frente a la casa que se me presenta, en el recuerdo, cada vez con un cargamento de cosas, que parece que sólo entre sus paredes hubieran sido posibles. Las sillas con los gatos era lo más liviano; al lado, el recorte de las caras formando un collage con cuerpos de otras personas y con lo que no tenía que haber ocurrido y que, precisamente por eso, se encontraba vuelto piedra.

Me había detenido frente a la puerta. Tenía la llave pulida de tanto tenerla en la mano. Cuando empujé brotó un chillido como si estuviera pisando un gato. Un aire de murciélagos cruzó obligándome a dar un paso al costado.

Quise entrar con afectada resolución. A la luz le costaba iluminar un lugar tanto tiempo a oscuras. Alcancé a caminar algunos pasos pero, unos hilos se me enredaban cada vez más tensos, más cortantes y cuando pude abrir la ventana aquello tuvo su forma aunque no su explicación. Había como un alambrado que hubiera reventado y se enrollara en cualquier orden. Con la vista perdida, advertí que un hilo dibujaba “Marlene”. Y así estuve, distraídamente queriendo recomponer si esa palabra me decía algo, hasta que en cuanto recordé una muchacha en una puerta, sin darme cuenta del propósito ya seguía otro hilo que también dibujaba letras. “Parque”, decía. Entonces mis ojos se sintieron superados por la cantidad de letras descubiertas como iniciales que reclamaban ser atendidas para que se completara la misión que estaban cumpliendo. Las palabras estaban en un enredo como de pasto formando un nido y llegaban hasta los rincones más altos. Estaban quietas: “lagarto” debajo de “escuela”, “laguna” se inclinaba llegando hasta el suelo. Se sostenían unas a otras y no era grato mirarlas. “Campeonato” atravesaba “insolación” y “molino”. Fue “uchachos” que me hizo pensar que también existían las quebradas, porque la “m” sería el pedazo retorcido que estaba en el suelo. Más allá de ese pasillo, entre la puerta y la ventana, era imposible desplazarse hacia los costados.

—Aquí estoy, a lo largo de los años —pensé.

Las puntas de las letras pinchaban y desgarraban los brazos, el pecho y las piernas. Cerré los ojos y salí hacia atrás. No recuerdo si cerré la puerta.

El cuidadoso entrenador

Estaba en los masajes de alcohol. Enseguida los instalaba sobre sus patas y venía el maíz con vitaminas.

—Quieto Recuerdo; ahora vos, Olvido—deletreaba bajo, pero sonoro— bien portados con su padre.

Levantando las cejas aceptó que yo estaba arrimado al muro y lo había sorprendido con sus gallos. Carlos criaba gallos de riña en el fondo de su casa, lindero con el mío. Que me acercara así, de improviso, disimuló bien que lo afectara. El sábado teníamos la inauguración de la gallera y quería saber cuáles iba a presentar.

—No tendrás suerte —me dijo adivinando mi intención— hay que apostar a ciegas.

—Pero Carlos...

—Te he pasado datos; muchos y buenos. Pero no es porque seas un desagradecido que no te doy ahora. Es que no puedo.

Sólo después de lo ocurrido la madrugada del domingo, advierto que su “no puedo” tenía más complicaciones que las que se podía imaginar. Terminó de darles el maíz con la misma ceremonia que le conocía, primero en la palma de la mano para conducirlos así, cada cual a su jaula y a su tarro.

Curiosamente tengo presente las ocasiones que en esos días hasta el sábado, surgió entre los conocidos el tema de la gallera nueva. Carlos era reconocido como el mejor cuidador de gallos; “los trata como a personas”. Mañana y tarde comprobaba cuando me asomaba al fondo su dedicación maniática al adiestramiento. No hace mucho inició el asunto del nombre propio. Antes se oía: “van a pelear el colorado con el negro”, pero él fue imponiendo en los suyos, “Rómulo”, “Atila”, “Pelé”, “Nerón”, que no supe en un principio, que no sólo los identificaba para los apostadores, sino que los llamaba así y atendían. Cuando lo descubrí —semi oculto por el frondoso jazmín del cabo— pensé que usaría ese efecto en las peleas. No lo comenté y puse atención. Carlos metía su grito bien nítido en el medio del griterío, “Rómulo” y “Pelé” empujaban como pichicatas a los gallos. Así dio vuelta un par de peleas imposibles, cuando pagaban cualquier plata contra su gallo. También me guardé la curiosidad que a uno llamado “Carlos” lo dejó morir sin gritarle.

La tarde de la inauguración corrían con facilidad las invitaciones de vino y caña. Vi varias peleas pero no aposté. Esperaba que Carlos largara uno de los suyos. Se hizo noche y se churrasqueó. Pasada la medianoche Carlos seguía tan ausente como si ninguna pelea lo sacu-

diera. Pero llegó su momento. Fue hasta las jaulas y volvió con su gallo sobre el pecho. El anunciador vociferó: “de Carlos, el giro “Recuerdo”. Y con el mismo tono informó que peleaba con el overo “Olvido”, de Funes. Funes aparecía de tanto en tanto por las galleras, pero no se sabía que fuera criador. La gente se subió a las apuestas a favor del gallo de Carlos. Fue una hermosa pelea. No recuerdo gallos más ágiles, más punzantes, más fuertes. Carlos no apostó. Atizó a “Recuerdo” y cuando la gritería era ya de gallo muerto, le gritó a “Olvido”, con un acento de insulto. En pocos saltos aquella madeja de huesos y sangre que era el overo, emparejó la pelea. Se hundían los picos tan largamente que parecía se perdían en el agua. Juntos cayeron hacia adelante. Y se habrán seguido pateando adentro de la bolsa que los levantó. Ni Carlos ni Funes fueron por los cuerpos.

–Estoy en paz –gritó Carlos levantando los puños.

Y se fue empinándose la petaca de caña que siempre llevaba en el bolsillo de adentro de la campera.

El Negro Corbo

A medida que pasaban los años se le iban blanqueando los hijos al Negro Corbo. El mayor era retinto como él; tenía dos morenitos y el último era rubio. “Como mi mujer es blanca –explicaba– los críos cumplen con los dos”. Y se reía. Pero no era eso. El mayor es el único suyo–puedo adelantar mientras se va enfocando al personaje. Además, si ya lo ubico en el barrio, eso lo puede decir un vecino cuando lo oye pasar cantando fuerte en el silencio de la siesta.

La señal que acude primero es la del Negro Corbo en un barrio de buenos bebedores, como único con un empecinamiento tan grande en la bebida que llegaba a empinarse una botella de alcohol blanco “Pereira”, apretándole la cintura para que saliera más rápido. Se caía hacia atrás como si le pegara un tren. La impresión era que pegaba de nuca, porque ni los brazos alcanzaba a poner. Eso ocurría de tarde, después de haber cargado los camiones de fruta. Y siempre con la risa.

La noche de las bombitas apedreadas fue la primera vez que conversé con él a solas. Sin luna, la cuadra era un color que no distinguía casas ni árboles. Salí a la vereda para averiguar la causa.

–Acá estoy –llegó una voz imposible de ubicar.

Y como di un paso atrás y bajé la vereda, agregó:

–No me ves porque me mancharon con carbón.

Y la risa dio lugar a los dientes grandes.

–Diversión de los gurises, las bombitas.

También el farol que tenía frente a su puerta habría volado, sin embargo siguió:

–Y si... honda nueva. ¡Ah puntería fina de los gurises!

Con este detalle el Negro Corbo termina de dar un paso lo suficientemente amplio como para estar en esta hoja y en el oscuro cuadro de una vereda de barrio. Desde los dos ángulos se adelanta, pide que le salgan compañeros naturales de las costillas de la sombra, hace surgir la casa en que vive y las otras, que no son otra cosa que un telón por donde camina.

En un espacio de luces y sombras geométricas, se ilumina un rectángulo permitiendo que se ponga de pie el Negro Corbo, un cuadrado para una botella y, más al costado, un triángulo con cabeza se incorpora como mujer. Arriba se disponen rectángulos para bolsas acostadas y en la mitad izquierda, una serie de números y más números, compensa en tamaños y grosores las figuras de la derecha. Se hace de día y las bombitas rotas salpican de reflejos la vereda. El cuadro toma colores, más que dibujo es óleo. Corbo da un paso y se sienta. Salió trabajosamente de su casilla sin casi afectar el conjunto. Es que son muy estáticas las casillas: desde donde sea la botella preside arriba y en las columnas de la izquierda, los números se afirman, monolíticos. Por algún lado –y a oscuras– habrá entrado Corbo cuando era más joven. El hecho es que andaba recorriendo las callejuelas de piedra y tierra del barrio. Las líneas que lo cercaban estaban ocupadas por colores deshabitados. A Corbo le tenía que parecer que en algún lado una mujer lo esperaba. Esto se deduce porque una vez que se cuadrícula encastrando las formas, los personajes proyectan su biografía. Corbo llegó al barrio solo; nada debe saber de su familia, padres o abandonos, para no dramatizar y transformar esta apuesta de creación “a los ojos”, en una relación lacrimógena.

Corbo está parado al lado del surtidor de agua del barrio. Así se lo vio por primera vez: ayudando a llenar los baldes más grandes, acarreado los que le permitieron y en días sucesivos venciendo los últimos resquemores. Al fútbol no jugaba pero acompañó al cuadro y pudo inventar, sin mucha creatividad pero con chance de repercusiones en la memoria de quienes me leen, que el primer techo –todavía no cama–, Corbo lo tuvo en la pieza entre bar y almacén, con un rincón de fotos y copas de aluminio bronceado, que la señalaban, como sede del cuadro de fútbol.

Después se edifica fácil su integración al barrio y su adhesión a la causa de La Blanqueada F.C. siguió con extensión natural. Los primeros tiempos fue aguatero y sin darse cuenta casi, engrosó después la fila de

los hombreadores de bolsas. Por una fisura de las bien separadas casillas llegó a tocarse con Florencia. El primer hijo fue del aguatero; los otros vinieron cuando ya se iba por una semana como acompañante changador en los camiones que iban a Montevideo. Debo empecinarme en negárselos.

A los pocos días de las bombitas apedreadas, Corbo me confesó que él estaba más sin salida que aquella cuadra de apagón. Yo tenía y tengo que demostrar asombro para que él siga contando:

—Me junté con Florencia cuando nació Nieves. Vivíamos en un cuadrado de chapas y no le importaba. Si todavía puedo reirme es teniendo aquellos días al alcance de la mano y pensando que debo estar preparado para encontrarlos.

Corbo no puede seguir más su razonamiento —confesión sin desvirtuarse como personaje. Tiene que quebrar algunos barrotes y soltar su risa para crecer y ocupar más su casilla. Se mueve como una ficha de juego que se va atraída al casillero de la botella. Es algo tan del barrio como el surtidor de metal tallado, o la sede del cuadro pintada a rayas verticales verdes y blancas como la camiseta del equipo.

Una de las formas de responder a esa identificación como personaje típico es acentuar las cosas, separarlo de su familia, porque con más facilidad podrá ser de todos. Corbo quedó pues, solo. Y seguía riendo como si las cosas le salieran a pedir de boca. También fue entonces que se pasó de la caña al alcohol puro, siempre con los buenos modales y la disposición servicial. Se le fue volviendo terrón la piel, se le blanqueó la cabeza y arquearon las piernas. Le corrieron varios años en uno. Ya no pudo hombrear bolsas y volvió a los baldes y a los mandados.

El barrio simplemente se dará cuenta que hace días que Corbo no anda por el almacén. Y quedará un rectángulo vacío en el cuadro. Puede ser que alguno de ustedes sienta que en su lugar no deba pintarse nada. En ese caso es porque habré acertado en las líneas, los colores de Corbo y del barrio.

(Del libro próximo a aparecer: **Los días de Rogelio**).